

tierras. Constituyó, en palabras de Roberto Mesa, la emigración cultural más trascental del siglo XX.

Hemos visto a lo largo de este largo epígrafe cómo el término Hispanoamérica que acuñaron los criollos en el momento de la Emancipación, para diferenciarse de España, fue recogido por el pujante movimiento hispanoamericano que surge en España, a fines del pasado siglo y, muy especialmente tras el Desastre del 98. A partir de esta fecha, en que España abandona sus últimas posesiones en América y deja de ser para esos pueblos una amenaza, rebrota en ellos su vena hispánica, en cuya pervivencia y fortalecimiento creen encontrar su mejor valladar frente a la nueva amenaza que supone el poderío de Estados Unidos. Así simultáneamente germina también al otro lado del Atlántico un vigoroso movimiento hispanista. Su estudio queda al margen de este trabajo. Podemos citar, como figura emblemática de esta corriente, a Rubén Darío, quien desde una postura inicial de despego, más bien de hostilidad hacia España («Yo —escribió en su *Autobiografía*, refiriéndose a su acción en Buenos Aires hacía todo el daño que podía al dogma hispano...»), terminó, cuando en el 98 vino a nuestro país enviado por *La Nación* de Buenos Aires, por cantar con verbo poético su españolidad:

Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo
yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.
Y español soy por la lengua divina

...

o abriendo sus *Cantos de Vida y Esperanza* con el saludo optimista a las:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...

o preguntándose con temor en «Los Cisnes»:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos en inglés?

o advirtiéndole a Teodoro Roosevelt:

el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español
Tened cuidado ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español...

Similar actitud adoptaron, entre otros muchos escritores y pensadores hispanoamericanos, el peruano Santos Chocano, el venezolano Rufino Blanco Fombona, (que exiliado en España desempeñó por dos veces en tiempos de la II República, el cargo de gobernador civil); los mexicanos Carlos Pereyra y Rodolfo Reyes, los chilenos Valentín Letelier y Jaime Eyzaguirre, los argentinos Manuel Ugarte y Sáenz Peña... etc.

En España la guerra civil dio un peculiar y retórico impulso al hispanismo antiyanqui. Sirva como botón de muestra el aviso que Don Manuel Aznar lanzaba a la América Española: «América española, ¡alerta! España ha recobrado su ser histórico. La unidad continental que los Estados Unidos predicán a todas horas es un inmenso instrumento de servidumbre contra el Centro y el Sur en beneficio del Norte, ¡Alerta! España asume nuevamente funciones de dirección en las orientaciones del mundo».

Vemos pues cómo el término Hispanoamérica, que sin ser de general uso en América reflejó esos poderosos movimientos de hispanoamericanismo surgidos a uno y otro lado del Atlántico tras la guerra del 98 y que en España contó con apasionados defensores, como Menéndez Pelayo, Unamuno, Menéndez Pidal, Mariano de Cavia, etc., terminó por caer en el desprestigio y en el olvido al vincularse, a partir de los años treinta, a anacrónicas evocaciones imperiales y a ideas antiliberales y antidemocráticas.

Iberoamérica

El vocablo Iberoamérica empieza a utilizarse a fines del pasado siglo. Se desarrollaron por los años finales del siglo unos movimientos con ideas utópicas que preconizaban una cierta unión política entre España y Portugal. Y se recurrió para bautizar esta entelequia al apelativo ibérico. En el año 1885 se fundó en Madrid la Unión Iberoamericana. Esta asociación contó desde el año siguiente de su fundación con un órgano: la revista mensual del mismo nombre que se publicó hasta el año 1926. Por cierto que desde esta revista no faltaron ataques contra la idea y el término Latioamérica, como el lanzado en el número de marzo de 1904, por Telésforo García, en un artículo titulado «Ibero-americanismo».

Los anarquistas propugnaron «un amplio movimiento libertario iberoamericano» y la Unión General de Trabajadores (UGT), de tendencia socialista, una «Federación de Trabajadores Iberoamericana».

Incluso en tiempos de la II República, Azaña, siendo Presidente de Gobierno, vio con simpatía la posibilidad de «llegar a una cierta unidad» política con Portugal y anduvo en tratos con conspiradores portugueses que pretendían derribar a Oliveira Salazar. En sus memorias llega a escribir (31 de octubre de 1931): «Que este asunto se me lograra, colmaría todas mis ambiciones, y ya podría decir que había hecho un servicio a España».

Todos estos ideales y vagos proyectos no dejaron, por supuesto, de encontrar oposición en las capas conservadoras de la sociedad española y recelos en sectores portugueses, que veían en la aspiración a una unidad

iberoamericana unos enmascarados propósitos españoles de hegemonía. El término fue adoptado, sin embargo, por instituciones internacionales de gran prestigio, como el *Iberoamerikanischer Institut* de Hamburgo.

En España muchos lo emplearon indistintamente con el vocablo Hispanoamérica, como el ya citado Rafael María de Labra, fundador de la *Revista Hispanoamericana* y autor de una obra publicada en 1894 con el título de *La intimidad iberoamericana*. Los que utilizaron esta terminología tendían a fortalecer los vínculos que unen a los pueblos hispánicos y a infundir en ellos el culto a unos mismos ideales, que afirmasen su identidad ante el peligro del expansionismo anglosajón que encarnaba Norteamérica. Pero en general tuvo una aceptación restringida.

El término adquirió notoriedad durante la dictadura de Primo de Rivera, con motivo de la «Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929». En principio la Exposición iba a denominarse Hispanoamericana, pero se le cambió el nombre para englobar a Portugal y Brasil. No faltaron reacciones contrarias a tal cambio de nombre. Algunas, incluso airadas, como las que aparecen en un opúsculo publicado en Madrid en 1926, bajo el título, por demás significativo, *Nuestra raza es española (ni latina, ni ibera)*. Colaboraron en este folleto profesores y escritores, como Juan C. Cebrián, Aurelio M. Espinosa y Adolfo Bonilla y San Martín, que ya desde antiguo venían arremetiendo contra el apelativo Latinoamérica y que ahora la emprendían contra el de Iberoamérica.

Juan C. Cebrián en 1916 en carta que *Las Novedades de Nueva York* publicó en su número del 2 de marzo protestaba contra la denominación América Latina, al propio tiempo que abogaba por la de América Española, que englobaría también a Brasil, porque Hispania comprendía Portugal y España. Y atribuía las otras denominaciones a las secuelas de la *Leyenda Negra* y al intento de desespañolizar España.

Aurelio M. Espinosa, profesor de la Universidad de Leland Stanford, insistía en lo erróneo del término América Latina, en un artículo publicado en el número de septiembre de 1918 en la *Revista Hispania* órgano de *The American Association of Teachers of Spanish*.

Adolfo Bonilla y San Martín señalaba que el concepto América española, a principios del siglo XIX, tenía una significación restrictiva, dependiente de la supremacía política, entendiéndose por tal la parte del territorio americano sometido a la gobernación de España. Pero añadía que español no es solamente el nacido en España, ni el sujeto a la denominación política de España, sino todo lo perteneciente a España, por cualquier concepto, de modo que debería aplicarse el calificativo de español a todo lo que procede de España.

Rechazan con la misma energía, por considerarlo injustificado e inadecuado, el término Iberoamérica. Ibero es, para estos autores, un vocablo

cuya significación histórica no está bien determinada. Los griegos —dicen— llamaron iberos a los pobladores de la costa oriental de España y de ahí lo extendieron a los de las Galias y sur de Europa. Hispania —afirman— es desde Roma el vocablo con que se denomina a todas las regiones de la península. Esto es cierto y no lo es menos que muchos egregios portugueses asumieron el apelativo de hispánicos, incluso de españoles.

El más ilustre de los poetas de Portugal, Camoens, calificaba a los portugueses como «gente fortísima de España»; el dominico e historiador portugués Andrés de Resende afirmaba en el siglo XVI, con palabras que elogiaba Carolina Michaelis de Vasconcelos: *Hispanis omnes sumus*; fray Francisco de Brandao instaba a Juan IV que recusase a Felipe IV el título de Rey de España, por no serlo de Portugal, «que he una parte tan principal de Hispanhia»; la diócesis de Braga aspiró a ser la Primada de España; Manuel de Faria y Sousa, publicó, en 1639, una obra titulada *Las Lusíadas de Luis de Camoens, príncipe de los poetas de España*, y en 1685, en Lisboa, recién separado Portugal de España, otra con el título de *Rimas varias de Luis de Camoens, príncipe de los heroicos y de los líricos de España*. Ricardo Jorge manifestó: «Chamase Hispania a península; hispano ao seu habitante ondequer que demore...» Ya en tiempos recientes Oliveira Martins denomina España a toda la península, en su *Historia de la Civilización Ibérica*; y sostiene que *Os Lusíadas* es un compendio de la historia de España y un acta imperecedera de las existencia nacional de Portugal; Sardinha reivindicó el nombre de España para toda la península y el poeta nacionalista Almeida Garret escribió: «españoles somos y de españoles nos debemos de preciar cuantos habitamos la península ibérica; castellanos, nunca».

Pero, a pesar de todo ello, no es menos cierto que hoy los portugueses y brasileños no se consideran englobados en el vocablo hispánico y menos aún en el de español. Y cuando uno se refiere a ese conjunto de pueblos, situados al sur del río Grande, no se puede ignorar a Portugal adelantado de los viajes marinos, ni a Brasil, que con sus más de ocho millones de kilómetros cuadrados ocupa algo más del 40% de la extensión de Iberoamérica y cuyos ciento cincuenta millones de habitantes suponen casi el 40% del total de la población de esa América.

El término, en cualquier caso, fue aceptado por pensadores e intelectuales de distinto signo como Wagner de Reyna —adelantado de la Hispanidad en el Perú—; Mariátegui, apóstol del indigenismo marxista, que se inclina más por el de América indoespañola o indoibera; o Américo Castro.

El vocablo recobra nueva vida e, incluso, distinta significación con la instauración de la monarquía constitucional y, por ende, de la democracia